
CAPÍTULO VI.

Los demagogos de Francia y los fenianos de Irlanda.

La imprudencia de los republicanos intransigentes en la República francesa debe llamarse verdadera temeridad. Ningun asunto sobreviene que no compliquen ellos con sus locas arengas y sus desordenados propósitos. Lo mismo en las medidas tomadas contra los príncipes y pretendientes que en las manifestaciones socialistas del mes último; y lo mismo en las manifestaciones socialistas del mes último que en el movimiento de reforma constitucional, su intervencion ruidosa y gárrula cede, sin duda, en bien de la reaccion y del Imperio.

No me cansaré de repetirlo: el gran filósofo de la experiencia en los antiguos tiempos, Aristóteles, dijo la mayor de las verdades al decir que la democracia sólo podía perecer por la demagogia. Como los sanguíneos tienen que preservarse de las aplopegías, los republicanos tienen que preservarse de los demagogos. Cuando tocan éstos las cues-

tiones militares, parécenme niños que juegan con fósforos en la mano sobre un monton de pólvora. No habria proceder más reprobable si junto á su torpeza no estallára la perversidad de los monárquicos. Desesperanzados éstos de ganar la opinion por los medios legítimos, apelan á los más pesimistas, y así resultan cómplices de los más desalmados y reos de lesa Francia. Manifestaciones comuneras, clubs rojos, movimiento de subversion constitucional, cuanto sueñan de buena fe los anarquistas convencidos, explótanlo á roso y belloso, á tontas y á locas, indeliberada é instintivamente, los reaccionarios monárquicos, sabiendo á ciencia cierta, y hé ahí su crimen, que juegan con fuego y que puede á sus arteras maniobras arder, no ya la República, su enemiga, sino la Francia, su madre.

Y el caso es que no alcanzan la reaccion, acariada con tanta ilusion y querida con tanto amor, no ; porque nuestros tiempos en nada se parecen á los tiempos de la segunda República, tan procelosos, y no existe ya ningun novelista como Sué y ningun argumentador como Proudhon que toque á rebato con aquel estruendo, ni mucho ménos ya existe aquel público medroso, y en su inexperiencia creído candorosamente de que bastaba decir en cualquier folleto «la propiedad es un robo» para que todos los propietarios se quedasen á una

sin tierras y sin rentas. Hoy se toman todas esas utopias como errores inherentes á la debilidad humana y se mide la distancia inmensa que separa el propósito de su realizacion y el programa de su cumplimiento. Y á medida que más libertad tienen los vociferadores para decir cuanto les pida el gusto, ménos poder tienen tambien para subvertir las sociedades humanas y volcarlas á su antojo en la reaccion, haciendo de cada monárquico egoista y redomado un salvador providencial. Ningun Enrique V, ningun Felipe Orleans, ningun Napoleon Bonaparte salva ya las sociedades, que no se redimen por la intervencion de los sicofantas coronados, sino por el ejercicio de sus grandes facultades colectivas consagradas con toda su grandeza en las instituciones modernas erigidas sobre los humanos derechos.

El aspirante á César conoce los medios cesaristas y sabe su confusion sustancial, con los medios demagógicos. Naturalmente, los rojos, los comuneros, los apóstoles de toda indisciplina forman fácilmente, con los sofismas que propalan y los terrores que siembran, el torbellino de átomos cuyas partículas componen á los Césares. Despues un golpe de Estado los ciñe de su autoridad omnipotente y los arma de su dictadura vergonzosa. Todavía recuerdo el candor con que uno de los demagogos más célebres del mundo, una especie

de ateo y comunista, muy exaltado en ideas y muy vehemente por complexion, me hablaba, no ha mucho tiempo, de su confianza en el príncipe Jerónimo Bonaparte, único capaz de oprimir á los republicanos y parlamentarios, hasta aplastarlos, á guisa de limon estrujado, entre las espaldas del pueblo y las legiones del Imperio.

No es nuevo el método seguramente. Profana Clodio los lares domésticos, y entra, disfrazado de mujer, en casa de los patricios, contra los sacros Cánones de los femeniles ritos; pues el partido de César, con los dineros del opulento Crespo, cohechará los jueces, para que absuelvan tal atentado y desacrediten la justicia senatorial; escandaliza el tribuno Celso hasta Bayas, el puerto y bahía de todas las voluptuosidades epicúreas, y se atrae un público escandaloso juicio; pues César lo recibirá con gozo en Ravenna y lo llevará entre su córte y ejército con grandes lisonjas y cuidados á la guerra de España. Muere Catilina en los campos de la hermosa Etruria, dejando tras sí, al morir, partidarios, no tan valerosos como él, y mucho más corrompidos, pues tales partidarios ofrecerán, desnudos y ebrios, en las fiestas lupercales, á las sienes de César la corona de rey: que allí, en la política de aquellos tiempos, los cuales han dado su augusto nombre á los monarcas siguiendo la enseñanza y copiando el ejemplo de quien se de-

cia sucesor de los Gracos, tribuno de los plebeyos, pronto á tener la mayor de las annonas para repartir pan al pueblo, y el mayor de los circos para divertirlo y agasajarlo, allí aprenden los Bonapartes á engañar á las muchedumbres hasta el extremo de hacerlas detestar la República parlamentaria, donde se hallan respetados sus derechos, y servir la dictadura imperial, que las sujeta ¡ incautas! para siempre á ignominiosa esclavitud y las pierde y las deshonorra con eterna infamia en la humana historia.

Ahora mismo, en este instante, la comedia se reproduce: publícanse manifiestos prometiendo una política más avanzada que la política republicana y un bienestar mayor bajo la tutela cesarista que el bienestar procurado por los propios derechos y el propio trabajo á cada ciudadano; impúlsanse, desde los conciliábulos imperialistas, las manifestaciones demagógicas, que saquean las tahonas y vuelcan los coches en la vía pública; envíanse á cada club vociferadores encargados de vomitar con sus sofismas el terror social por todos los ánimos; y luégo se alienta la triste agitacion constitucional, que quiere derribar el Código, á cuya sombra la pobre Francia, herida y desgarrada por la invasion que los Napoleones trajeran, se ha repuesto, coronando la igualdad fundamental de su democracia histórica con la más preciada de todas las

coronas espirituales, con la santa y preciadísima libertad.

Por ser este bien de la libertad tan grande, hay que tenerlo en mucho y no arriesgarlo con temeridad. Y arriesga la República su movimiento regular y pacífico, disgustando al ejército é hiriendo á sus generales. Ya la cuestion de los príncipes, tan á deshora suscitada en triste arrebató de cólera, pecaba por su complicacion aguda con el ejército, y por su tendencia indudable á desconocer lo funesto de toda ingerencia política en filas donde por fuerza debe reinar una sumision y disciplina que ganan mucho con fundarse, no sólo en las ordenanzas públicas, sino en el asentimiento militar. Pues ha surgido ahora otra cuestion de igual género. Habíanse dispuesto unas operaciones de caballería en el Este y hallábase designado para mandarlas el general Galliffet, quien, además de una indudable competencia, posee una grande propension á las ideas republicanas, como lo demostró en la crisis del diez y seis de Mayo, donde flaquearon y sucumbieron tantos otros al ódio á la República y á sus saludables instituciones. Pues bien, al llegar el plazo de las operaciones, tramaron los intransigentes un desaire á general tan probado, é influyeron para que, bajo los más fútiles pretextos, se suspendiera la operacion decretada ó se negára su mando al general designado. La intriga

tomó proporciones gigantescas, y el Ministro estuvo á punto de caer en la red que los imperialistas habian urdido y los intransigentes llevado al Ministerio de la Guerra. Por fortuna para todos el Consejo de Ministros tomó cartas en el asunto, y resolviendo con grandes medios de concordia aquel conflicto entre un ministro y un general á que habian dado extraordinaria importancia el malquerer de los monárquicos, prestó un servicio á la paz, y prestándosele á la paz, se lo prestó tambien á la República.

Francamente, no comprendo la política exterior de Italia. Su inteligencia con los Imperios del Norte, proclamada con tanta elocuencia por el ministro Mancini, paréceme incompatible con la opinion italiana y contraria por completo á los intereses permanentes de la jóven y progresiva nacion, elevada por el esfuerzo de Occidente y el voto de todos los latinos á su independecia y unidad. Imposible departir con los veteranos del progreso en la península de una reconciliacion estrecha con Austria y sus secuaces. Hay recuerdos que llegan á componer como la religion ideal de toda gran causa y como la leyenda poética de todo redimido pueblo. Y los que han visto en el potro á Milan y en el sepulcro á Venecia, los que han habitado aquellos plomos bajo cuyas bóvedas horribles se oia el llanto de las lagunas adriáticas, no pueden

comprender cómo la política tiene tan flaca memoria y tan duras entrañas que no reconcilie, á nombre de los intereses italianos, á Italia con sus verdugos, ofreciendo tal holocausto á los manes de las innumerables víctimas transformadas en mártires de la nación por el sentimiento universal. Y la prueba de que Italia entera no comprende la finura diplomática de su Ministro de Relaciones Exteriores se halla en que Italia entera sigue con anhelo á los trentinos, cuando pugnan por volver al regazo de la patria comun, y cree que una parte considerable de su antiguo territorio nacional con Trieste á su frente se halla detentado en poder de Austria con la misma violencia é injusticia con que detentára en otros tiempos el Milanesado y el Veneto. A su vez Austria no ha regateado los desaires á su jóven aliada meridional. La visita del rey Humberto y su bella esposa, visita imposible de olvidar por accidentada y célebre, no ha sido en Roma devuelta y pagada como querian los italianos. El Emperador de Austria, que ha sancionado con su presencia en Venecia la cesion del territorio veneciano, hase resistido á sancionar con su presencia en Roma la ruina del poder temporal de los Pontífices. Y nunca ménos que ahora pagará esa visita, cuya tardanza tanto molesta de suyo á los italianos, pues predominantes allá en todo el Imperio los esclavos sobre los alemanes,

predomina con aquéllos, como se ha visto en las leyes sobre la pública enseñanza, el elemento ultramontano, y el elemento ultramontano austriaco es cruel enemigo de la jóven y gibelina Italia. Mejor, mucho mejor que la política exterior de Mancini paréceme la política económica de Magliani, porque acaba con el papel-moneda y el tributo de la molienda; porque organiza ingresos y ahorra en lo posible inútiles gastos; porque cierra el presupuesto con sobrantes, los cuales, á pesar de las inundaciones, suben hoy á veinte millones de francos y subirán á cincuenta en el próximo ejercicio. ¡Loor, mucho loor al gran economista!

El Ministerio británico se muestra muy alarmado é inquieto del movimiento anarquista producido por los fenianos de Irlanda, en su lucha implacable y á muerte con la poderosa metrópoli, á que leyes mecánicas de incontrastable fuerza los sujetan, contra toda su voluntad y toda su conciencia. La explosion horrorosa en el palacio de Westminster, al pié de las oficinas ministeriales del Gobierno local, ha provocado medidas tan rigurosas y atentatorias á los principios comunes de la libertad inglesa, que muestran cómo toda guerra trae consigo una suspension del derecho y cómo toda suspension del derecho sobrevendrá en las sociedades humanas siempre que la fuerza bruta se sobreponga, por cualquier accidente, á los medios

pacíficos, más ó menos eficaces, de curar las enfermedades sociales, que dentro de sí contienen hoy todas, sin excepcion, las legislaciones modernas. El comercio y expendicion de materias explosibles, como la pólvora, la nitroglicerina y otras, se sujeta rigurosamente á una reglamentacion digna de cualquier estancado pueblo latino, poco propio para la práctica de los principios sajones; y la perpetracion de cualquier atentado se castiga en sus fautores y en sus cómplices de un terrible modo y con penas tan enormes como la enormidad misma dada por el terror universal hoy al punible delito de las espantosas voladuras. En el entretanto las guarniciones se agrupan, las guardias se doblan, los medios preventivos se emplean, la policia se aumenta y todos los ingleses temen á un enemigo tanto más temible, cuanto que parece invisible y disuelto en las ondulaciones del aire, como los miasmas de la peste.

Y hay motivos para ello. Los estadistas anglo-americanos, que veian de antiguo un proceloso peligro para su República en el aumento de la poblacion irlandesa, lanzada por la desesperacion sobre las costas del Norte de América, ya tocan sus profecías, palpables en las tristes agitaciones por los emigrados engendradas, las cuales llevan dentro de su seno los gérmenes de una horrible guerra marítima, si no la evitan con sendas medidas con-

ciliadoras el comun consejo y la comun prudencia de dos naciones por cuyas venas circula una misma sangre y sobre cuyas respectivas historias se dilatan muchos idénticos recuerdos. Los más vehementes entre los fenianos, aquellos de complexion guerrera y de batallador espíritu, los exaltados por todas las conjuraciones, alardean de sus crímenes y amenazan con poner un volcan de dinamita en los cimientos de Lóndres. Unos dicen, para cohonestar el crimen de Fenix-Park y la inmolacion de Cavendish, que los patricios, detentadores de las tierras irlandesas por un despojo, cuya horrorosa eficacia causára la miseria y la deshonra de generaciones enteras, enterradas en los surcos de aquellos infames feudos, no son acreedores ni al respeto humano ni á la divina misericordia. Otros aseguran que urdirán una guerra tan vasta, desde las playas del Nuevo Mundo, contra los poderes del Viejo Imperio, que Inglaterra saltará en pedazos pronto, hasta desvanecerse sus dominios como una lluvia de aereolitos en el cielo y como una tromba de aguas y huracanes en el mar. Y todos concitan los ánimos á reunirse para sumar fuerzas materiales y recursos pecuniarios con que intentar una guerra de verdadera desolacion y exterminio.

En efecto, las amenazas no quedaron reducidas, como decian los diplomáticos de allende los mares,